

Reseña de Negro Pavón, Dalmacio. *La ley de hierro de la oligarquía*. Madrid, Ediciones Encuentro, 2015.

ISBN: 9788490551219

Lo primero que le viene a la cabeza a cualquier persona que conozca un libro como este es plantearse por qué no se ha escrito antes, y, más que nunca, en los tiempos que estamos viviendo del estado social democrático –que ha sido tan bien descrito por el francés Alexis de Tocqueville en *La democracia en América*–, donde la sociedad parece haberse despertado de un largo sueño y se ha levantado, algunas veces incluso literalmente, desconfiando de quienes la gobiernan o quienes la representan. El texto que ahora nos ocupa, precisamente, quiere exponer de modo sucinto y directo, aunque no esté exento de un cuantioso aparato bibliográfico en las notas a pie de página, una ley inexorable que ha existido en la política desde el origen de esta disciplina: la ley de hierro de la oligarquía.

La brevedad del ensayo -96 páginas- es engañosa, en cuanto estamos ante un libro que, aunque no siempre sea de denso contenido, destila un profundo conocimiento de la teoría política y, por ende, el autor del mismo no deja de respaldar cada una de sus afirmaciones con la inclusión de la opinión de algún otro autor prestigioso y reconocido en esta materia que venga a confirmar o matizar lo expuesto. Es evidente que el profesor Negro no se conforma con enunciar las características y los presupuestos de esta ley en la actualidad, sino que rastrea el pasado histórico para encontrar su auténtico fundamento y origen.

El libro, desde luego, es rotundo en sus explicaciones. Para comenzar, parte de la idea de que todos los gobiernos, ahora y siempre, son oligárquicos, aunque conceptualmente, haya que diferenciar las formas de gobierno del régimen. De este modo, las formas de gobierno serían el aspecto formal de los regímenes mientras estos, en cambio, serían el aspecto material de la vida política. En cualquier caso, la oligarquía o, más precisamente, esa ley de hierro que no está escrita pero que siempre se cumple, hace que la oligarquía sea capaz de monopolizar el régimen y, por ello, condiciona el poder legislativo del Estado, pero, si es incluso capaz también de condicionar con intensidad el poder ejecutivo, puede monopolizar entonces la forma de gobierno. Para el autor, hoy en día esta coincidencia no es una quimera sino una realidad.

La forma del gobierno y el régimen, por tanto, coinciden en la oligarquía actualmente. Ello se debe, entre otras razones, a que los oligarcas abusan con tal intensidad del poder que ya no se someten al Derecho establecido. La función del gobierno, entonces, que debía consistir en mantener el equilibrio, como si se tratase de un dique, de manera que la influencia de la oligarquía no fuese tan potente que pudiera corromper la forma política, está fracasando, puesto que ni las costumbres ni el Derecho, lamentablemente, son capaces de contener la corrupción oligárquica dentro de los límites sancionables jurídicamente. Todo gobierno, pues, se convierte en oligárquico al unirse el poder político y el poder económico; los gobiernos democráticos no son una excepción a esta fatal regla.

El poder político trata de guardar las apariencias, eso sí, pareciendo que la docta opinión del profesor Negro llegase a suscribir íntegramente aquella célebre definición de la política del poeta Paul Valéry como el arte de evitar que se entere la gente de lo que le atañe. La democracia política moderna supone que los ciudadanos elijan a sus representantes y, consecuentemente, esto también debería suponer que estos se atengan al mandato imperativo de sus electores y no al de los oligarcas como parece suceder. La implantación de la democracia moderna, por tanto, tampoco ha servido para eliminar la oligarquía. De hecho, el autor se muestra muy crítico con este fenómeno: "La democracia extiende la oligarquía al favorecer las ocasiones y proporcionar los medios para que todos puedan aspirar a ser oligarcas sin merma del sortilegio de la palabra" (p. 51).

En efecto, el parlamentarismo, que es la fórmula más extendida de nuestras democracias políticas modernas, sirve perfectamente a los propósitos de la oligarquía,

ya que en el Estado de Partidos, nos dice el profesor Negro, los parlamentos, en teoría soberanos, dependen del ejecutivo y, al prohibirse el mandato imperativo y con ello la posibilidad de que los representados puedan vigilar y controlar directamente a sus representantes, la representación es nula. No hay duda, en ese caso, de que los sistemas electorales proporcionales convienen a la oligarquía y preparan la llegada de la partidocracia. Resulta curioso que la sociedad política, constituida principalmente por los partidos políticos, que, como es sabido, definía von Stein como el medio por el que la sociedad civil penetra en el Estado a través de la burocracia y la representación, se ha identificado con el Estado e, invirtiendo su función, ha llegado a ser una vía por la que el Estado ha penetrado en la sociedad civil a través de los partidos que la han colonizado sirviéndose de la burocracia y del consenso político.

La obra de los parlamentos, la legislación, ha sido sustituida en la actualidad por la *nomología*, según establece el profesor Negro. Esto quiere decir que se aprueban normas dirigidas explícitamente, según el autor, a imponer conductas, en el más puro estilo soviético, inventando interminables leyes que permitan a los gobiernos actuales un control político disimulado pero exhaustivo, dificultando multitud de relaciones sociales absolutamente naturales y legítimas. La democracia queda reducida, entonces, a la simple corrección política, definida y sancionada por los gobiernos con el asentimiento, sea activo o pasivo, de los gobernados, anestesiados por el clásico *panem et circenses*, la educación diseñada por los políticos y la propaganda masiva.

En otra vuelta de tuerca más, Dalmacio Negro, corona una impresión tenebrosa de las democracias actuales, pues, para él, tienden a ser oclocracias, "cuando la degeneración de los que mandan, gentes mediocres y corrompidas extraídas de la masa, corrompe todo sistemáticamente, tanto la vida pública como la privada, utilizando el poder político" (p. 56). La dura definición del profesor Negro sobre esta especie de fórmula de populismo que es la oclocracia, debería hacer reflexionar a todo lector de esta obra sobre si, en realidad, se ha llegado a tal extremo de degeneración política en nuestras sociedades. Si la respuesta es afirmativa, al igual que la expuesta en el libro, ¿cabe alguna esperanza para los ciudadanos? ¿Es posible evitar, entonces, la oligarquización? ¿Qué herramientas existirían para protegernos?

En un alarde de cierto optimismo, el profesor Negro señala que el único remedio sería una política del sentido común compartido por todos o la inmensa mayoría. Es lo que denomina la *política del justo medio*, que consiste en que la libertad política

de la democracia –la mayoría- puede limitar el poder político de la oligarquía –la minoría-, utilizando dos herramientas: la primera sería el control a los representantes y a la sociedad política, mientras que la segunda sería la promoción electoral de la movilidad social y política para, de este modo, impedir la cristalización, tanto de la sociedad política como de las élites, en castas. La tarea se antoja muy difícil, pero aunque no se consiguiese erradicar la oligarquía, que siempre ha existido, al menos se podría limitar o controlar su ominoso poder.

En definitiva, esta obra resulta básica, al ser un tema del que existe muy poca bibliografía, no ya solo en España sino en todo el mundo. El célebre libro de Michels sobre los partidos políticos y la ley de hierro de la oligarquía, publicado en 1911, se concentraba en relacionar la oligarquía con los partidos políticos exclusivamente, pero no consideraba que esa ley de hierro fuese general y condicionase, por tanto, la política. Los estudios posteriores que se han publicado se han limitado a seguir a Michels en su mayoría, circunscribiéndose a los partidos políticos, sin entrar a valorar el resto de las implicaciones de esta ley de hierro. Por ello, sería deseable que el autor de este pequeño pero magnífico ensayo se atreviese a elaborar un tratado sobre la ley de hierro de la oligarquía. Desde luego, según lo que hemos leído, mimbres no le faltan.

David Carrión Morillo

Universidad Europea de Madrid

david.carrion@universidadeuropea.es